

La cultura del papel en México

Boris Berenzon

Facultad de Filosofía y Letras

La sabia historia... el pasado es arcilla que el presente labra a su antojo. Interminablemente.

Jorge Luis Borges



La principal función del papel es la de ser posibilitador de la memoria escrita. El nombre de papel viene de *papyrus* (*Cyperus papyrus*), planta lacustre de cuyo tallo los egipcios, ya 3500 años antes de Cristo, confeccionaban hojas para escribir en ellas.

El *liber* es la película que hay entre la corteza y la madera del árbol; los botánicos lo definen como parte del cilindro central de las plantas angiospermas y está formado principalmente por hacecillos o paquetes de vasos cribosos.

Los egipcios separaban el *liber* del tronco con un cuchillo muy bien afilado, sacando de 12 a 14 tiras sumamente delgadas y tan largas y anchas como lo

permitiera el tronco; las humedecían con una especie de cola de harina o almidón, colocándolas sobre una cruz encima de tableros, y después de raerlas con un diente o un marisco y prensarlas o batirlas a martillo, las secaban al sol. Del hecho de pegar dichas hojas unas con otras por los extremos, resultó el llamado propiamente *papyrus*.

Los griegos llamaban a esta manufactura *biblos* o *chartos*, y los romanos *charta*. Modernamente, desde fines del siglo XVIII, Francisco de Landolina y luego una cierta familia de Siracusa, de apellido Politi, y sus sucesores, han fabricado papel *papyrus* en hojas de 25 por 20 centímetros.

Según las fuentes, el primer cronista que da a conocer alguna información sobre la hechura del papel en Mesoamérica es Pedro Mártir de Anglería: "...en lo que ellos escriben son unas hojas de cierta delgada corteza interior de los árboles, que se creía debajo de la corteza superior, creo que se llamaba *philira*[...] hay una tela dura que separa las hojas exteriores a modo de redes

con agujeros y mallas estrechas, y las embetunan con unto fuerte[...] cuando están blandas, les dan la forma que quieren y las extienden a su arbitrio, se supone que con yeso o con alguna materia parecida". Bernal Díaz del Castillo escribe que hacen: "librillos de un papel de corteza de árbol, que llaman amatl...". Fray Diego de Landa dice: "...este papel lo hacían de las raíces de un árbol y le daban un lustre blanco en que se podía escribir".

Otros como Gómara anotan: "...de las hojas de este metl [maguey] hacen papel, que corre por todas partes para sacrificios y pintores"; "hácese del metl buen papel; el pliego es tan grande como dos pliegos del nuestro, y de éste se hace mucho en Tlaxcallan. Otros árboles hay de que se hace en tierra caliente, y de éstos se solía gastar gran cantidad: el árbol y el papel se llaman amatl, y de este nombre llaman a las cartas y a los libros y al papel, amate". Lorenzo Boturini, científico del siglo XVIII y Cronista Real de las Indias, dedicó su

vida a dos grandes pasiones: la de coleccionar manuscritos jeroglíficos, narraciones, figurillas, vasijas, con lo que se produjo posteriormente un gran museo, y la de hacer historia. De esta última actividad surgió la *Historia general de América septentrional*, publicada por vez primera en Madrid en 1746, obra que causó una gran impresión en los medios científicos españoles, sobre todo por la aportación historiográfica que ponía de manifiesto a una América alejada del mito hispano, y en la que podía apreciarse "carga ideológica" de descubrimientos técnicos como el papel. De Boturini es el siguiente párrafo: "El papel indiano se componía de las pencas de maguey que en lengua nacional se llama metl y en castellano pita. Las echaban a pudrir y lavaban el hilo de ellas, el que, habiéndose ablandado, extendían, para componer su papel grueso o delgado, que después brumaban [magullaban] para pintar en él".

El papel se hacía en Mesoamérica del líber de varias clases de árboles. El



más usado fue el amate o amacuahuitl (del náhuatl *amatl*, papel, y *cuahuil*, árbol), el cual pertenece a la familia *Ficus*. En algunas regiones se usaron tres

El papel fue uno de los vehículos sociales que ayudó a la cohesión de los grupos mesoamericanos

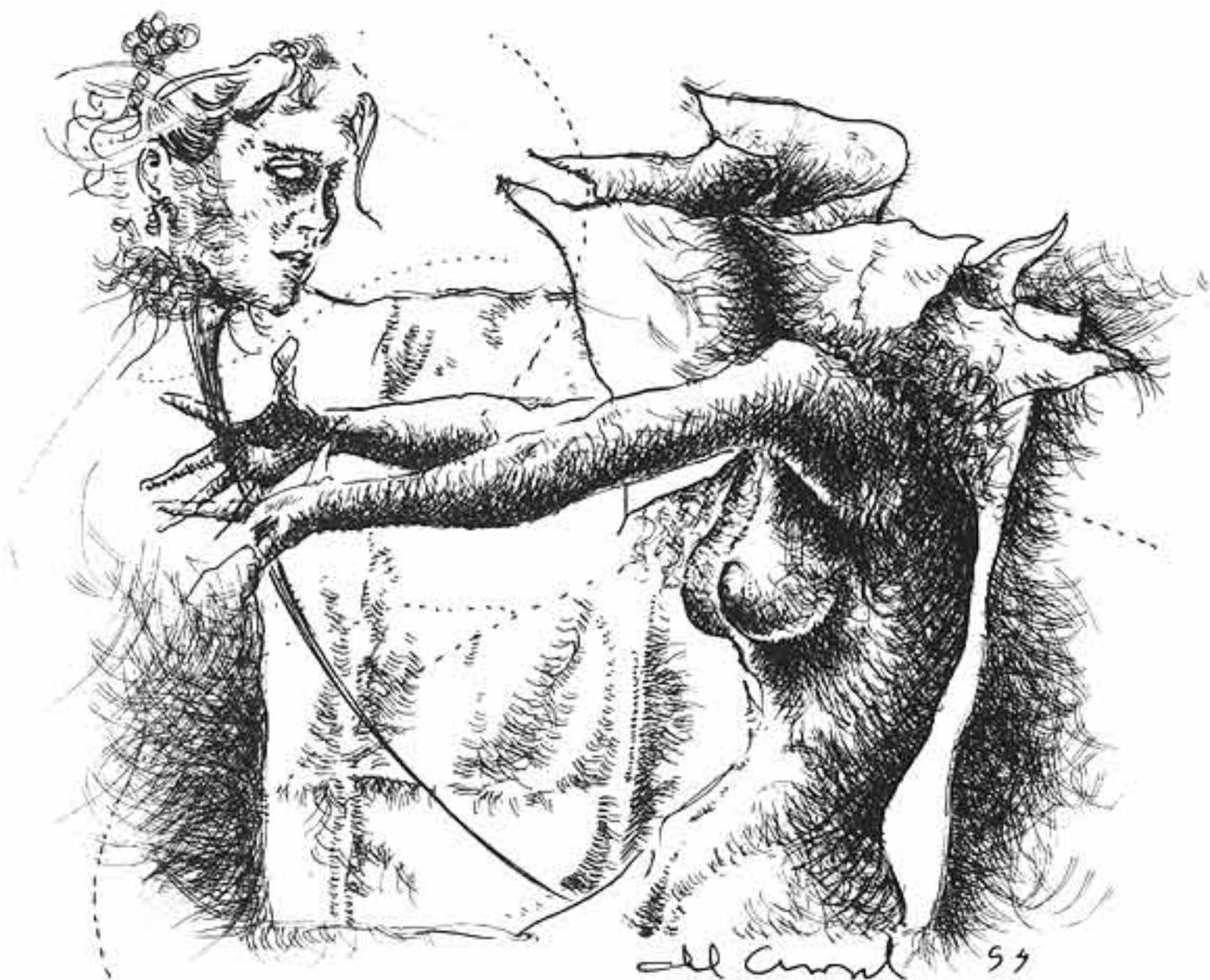
clases de árboles: el *Xalamatl*, el *Chichicastle* y *Moral*. El *Xalamatl* produce papel de color café y el *Chichicastle* uno de color gris, es un árbol de 2 a 7 metros de alto; se le encuentra en México, América Central, el Caribe y la parte tropical de América del Sur. En México se conoce por varios nombres: mal hombre, mala mujer, tachinole. El *moral* produce un papel de color blanco amarillento, sin embargo podemos encontrar colores muy variados, debido a

que la corteza madura da un papel de color más oscuro que la corteza tierna.

Los antiguos indígenas utilizaban además el maguey y la palma llamada izote. También elaboraban papel con la seda de unos capullos grandes, según lo describe el Barón de Humboldt.

Los cronistas novohispanos distinguieron tres clases principales de papel: de metl o maguey, de *amatl* o higuera e izotl o papel de palma. Hans Lenz, historiador contemporáneo que ha investigado la historia del papel en México, explica ampliamente la historia de los materiales con que se elaboraba el papel en el México prehispánico.

Los recientes experimentos permiten corroborar el análisis iniciado por los cronistas. Lenz señala, al referirse a las crónicas novohispanas, que éstas dieron origen a la creencia de que los papeles de los códices solamente se habían elaborado con las fibras de maguey. Fue en 1912 cuando el doctor Rudolf Schwede pudo demostrar, basándose en estudios químico-micros-



cópicos, que existían varios tipos de papel. Las anteriores conclusiones hacen suponer a Lenz que el papel de los códices estaba hecho principalmente de fibras liberianas de una o varias especies de *Ficus moracea*, es decir de los árboles que los antiguos mexicanos llamaban amatl, con la excepción del manuscrito de Seler del siglo XVI, hecho de maguey. Gracias a los testimonios de los cronistas, tenemos una idea aproximada de los métodos que se emplearon en la manufactura del papel.

Las pencas se ponían a pudrir y los productores de papel lavaban el hilo. Una vez ablandado, lo extendían, para componer su papel grueso o delgado, que después bruñían para pintar en él.

Otra forma de hacer era la siguiente: se cortaban sólo las ramas gruesas y se ponían a remojar durante la noche en los arroyos o corrientes de agua. Al día siguiente se arrancaba la corteza y después de limpiarla de la cutícula superior, se extendía a golpes con una piedra plana y estriada, y se sujetaba con una vara de sauce doblada en círculo a manera de mango, lo que hacía que el material se hiciera flexible. Se cortaba luego en pequeños trozos, que golpeados de nuevo con otra piedra más plana se unían fácilmente entre sí y se formaban en hojas de papel de aproximadamente 44 centímetros de largo y 33 de ancho.

El naturalista mexicano Francisco Hernández (1571-1577) señaló que a las fibras se les añadía una sustancia extraída del *tzacullli* o *amatzaubtli* (*amall*, papel; y *tzaubtli*, gluten), que también usaban los pintores para adherir más firmemente los colores. Posiblemente se las sometía también a algún cocimiento; las golpeaban con unos mazos de madera o batidores de piedra estriados, hasta dejar únicamente las fibras liberianas, es decir, la membrana que tienen los árboles entre la corteza y la madera, y en la cual ya se escribía antes de la invención del papel.

El proceso de elaboración de papel en Mesoamérica se entiende a partir de la utilidad que éste tenía para los antiguos mexicanos, quienes hacían frecuente uso de él en muchas de sus ceremonias, aunque fueran éstas de carácter puramente ritual. Ese uso tan extendido seguramente se debió a que descubrieron que era el material más económico de producir, que por su flexibilidad podía teñirse y decorarse de múltiples formas.

También se empleaba extensamente en trabajos de plumería, en la confección de ropa y muchos otros artículos, así como libros que fueron la admiración de los conquistadores españoles al verlos por primera vez en Cempoallan, y en los que se registraban los acontecimientos astrológicos, astronómicos, religiosos y todos aquellos que tuvieran importancia histórica.

En tiempos precolombinos, el papel era objeto de tributo a los reinos de México, Texcoco y Tlacopan y también se vendía y trocaba en los mercados.

Desde tiempos remotos el papel fue de uso tan generalizado que no ha sido posible investigar su origen, edad y desarrollo; pero los datos más antiguos pertenecen a la cultura teotihuacana II y III, que según la opinión de los arqueólogos debemos colocar en los primeros siglos de la era cristiana.

Existe una controvertida discusión sobre el material en el que fueron elaborados los principales códices del México antiguo. Comienza con un artículo titulado *El papel en México*, escrito por Philip J.J. Valentini en octubre de 1880, que fue publicado por la Socie-



dad de Anticuarios de América. Valentini hace una extensa revisión de las varias referencias al papel escritas en los códices y continúa la discusión sobre el significado del uso y producción del papel en la época precolombina. Valentini afirma que el papel fue hecho primeramente de dos formas: del centro de la corteza del árbol de amatl y de las hojas de la planta del maguey, y sugiere que, posiblemente, en las zonas bajas del área maya se utilizaba el papel amatl, mientras que en las tierras altas los aztecas procesaban papel de maguey.

Los mayas ocupaban una zona donde abundaba el árbol de amatl; los nahuas habitaban la mesa de la cordillera, donde este árbol no existía. De los materiales que más información se tiene es del amatl y del maguey.

Los antiguos mexicanos usaban frecuentemente el papel en sus ceremonias, porque era un material económico

El papel actual se distingue esencialmente de la manufactura del Antiguo Egipto en que se produce por medio del machacado de fibras tenues procedentes de materias vegetales (el algodón, la seda y el aminato sólo se emplean hoy para papeles finos) que se obtienen también con trapos viejos y toda clase de tejidos de desperdicio. Las pastas de madera, paja, esparto y otras fibras vegetales producen el papel común. Los trapos de lino, algodón, cáñamo y otros, son materiales que contienen fibras de alta calidad, de ahí que la fabricación de papel de trapo sea el fundamento de la manufactura papelera contemporánea.

Para concluir, diremos que el papel constituyó un vehículo social que ayudó a la cohesión de los grupos

mesoamericanos, pues les permitió entenderse, fortalecer sus costumbres y creencias y organizarse para resolver problemas, es decir, vivir en sociedad.

La tradición escrita —conjunto de mitos y leyendas que se transmiten a través de los símbolos plasmados en una superficie, en este caso el papel— ocupó un lugar fundamental en la sociedad mesoamericana, al ser uno de los medios utilizados para comunicar la cosmovisión de generación en generación.

La función del papel, sus posibles significados y la manera en que pudo fabricarse se han comprobado mediante estudios recientes en comunidades indígenas contemporáneas, y sus ideas han sido retomadas por los estudiosos como base para conocer las culturas que se desarrollaron en la Mesoamérica antigua.

Nos hemos acostumbrado mucho a que nos digan cómo somos, sin investigar por nosotros mismos quiénes somos realmente. En múltiples campos de nuestra vida social o intelectual hacemos referencia permanente a libros o investigaciones de estudiosos extranjeros. Su interés por la sociedad novohispana y mexicana es bienvenido; ellos han aportado importantes interpretaciones de personajes y tiempos de nuestra historia. Sin embargo, no podemos dejar que la mirada "eurocéntrica" sea la que nos siga explicando; debemos incrementar el ya amplio acervo de investigaciones mexicanas que se ocupan de nuestra historia social y cultural.

La reconstrucción de la historia del papel en Mesoamérica antes de la conquista y la colonización, así como el proceso de destrucción del mismo como consecuencia de esa conquista, se suman a los elementos básicos para la comprensión de la identidad mexicana. El entendimiento del pasado no puede ser interpretado sólo con símbolos externos ☉